

EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

REACTIVACIÓN Y FLUIDEZ DEL NEUTRALISMO AFROASIÁTICO.

El viaje del presidente Nasser a la India y la presencia del Presidente Sukarno en Brioni, han reactualizado un proceso, complejo e impreciso a la vez, concerniente a la posición del llamado mundo interpuesto, respecto del dilema Este-Oeste, reacción que se intenta cobijar polémicamente al amparo de un neutralismo, que muchos incluyen en la denominación de política internacional de desentendimiento. Ya en 1954, la presencia de Nehru y Nasser, en Brioni, había dado pie a reiteradas especulaciones, referidas a una posible articulación de las inclinaciones neutralistas en política internacional. Los que a la sazón consideraban factible dotar de contenido orgánico las respectivas posiciones doctrinales en materia internacional, de Tito, Nasser y Nehru, hacían caso omiso de una serie de circunstancias que parecían evidenciar que los factores diferenciales pesaban más que los sedicentes puntos de coincidencia, habida cuenta de que si bien el neutralismo, en cuanto orientación genérica, parece constituir inclinación peculiar del Cairo, Nueva Delhi y Belgrado, esa triple propensión, ni en lo que atañe a su proceso formativo, ni en lo que concierne a su contenido polémico, constituye materia básica para edificar una política internacional coincidente. Ahora bien, limitado el problema, tal y como queda perfilado, ofreceríamos una visión recusable respecto al significado de la precitada cuestión. En tal sentido, no olvidemos que en este período posbélico, el panorama internacional se nos ofrece como un inmenso huerto, donde florecen las más sorprendentes paradojas, que reseñaremos en lugar oportuno.

Parece natural que en la misma medida en que se atenúa la vigencia extremada de la «guerra fría» y en la misma proporción en que se registra el incremento de la distensión internacional, se perciba un debilitamiento de la beligerancia polémica, en lo que concierne al dilema Washington-Moscú y si se considera admisible la precedente deducción, estimamos adecuado consignar lo que sigue: si el neutralismo constituye un fenómeno posbélico, posibilitado por el antecedente de la disparidad ruso-norteamericana, en la misma medida en que se atenúe tal discrepancia, verá reducidas sus posibilidades de instauración y fortalecimiento, el denominado neutralismo posbélico. No se olvide, en efecto, que el neutralismo es más bien de tipo reactivo que constructivo y que en la misma medida en que se debilita la antítesis que le sirve de fundamento dialéctico declina inevitablemente, siguiendo el destino de todas las réplicas, inspiradas en la precedencia de un dilema, más o menos orientado hacia su desactualización, deducción que, objetivamente valorada, se presta a más de un reparo, entre los cuales pudiéramos incluir el que subsigue: cuando tomaba cuerpo y posibilidades de realización la conferencia en el vértice, que habrá de iniciar sus actividades el próximo 16 de mayo, dos reacciones podían preverse, referidas al denominado, indistintamente, tercer mundo o mundo interpuesto; o bien que los pueblos inclinados hacia la práctica del neutralismo, se creyesen obligados a revisar su posición, adaptándola a las nuevas exigencias o que los

afectados por esa hipotética alteración del dilema Este-Oeste abrigasen explicables temores, respecto a si lo que puedan en su día decidir los cuatro grandes no constituiría además inicial de un directorio omnipotente, que en cierto modo se atribuyese la misión de articular, sin réplica eficiente posible, lo que pudiera ser política internacional, de volumen ecuménico, en los próximos años. No otra preocupación parecía anidar en el espíritu del presidente Sukarno, cuando éste, con ocasión de la visita realizada a Indonesia por Nikita Kruschev, en el pasado mes de febrero, solicitaba y obtenía el asentimiento del dictador comunista, respecto a la posible participación de los países no comprometidos en las futuras conferencias en el vértice. Con esa demanda concuerda la actitud del Gobierno de Pekín, anunciando que no reconocerá fuerza obligatoria a las decisiones que pudieran adoptarse, tanto en la conferencia en el vértice, cuanto en las reuniones ginebrinas, concernientes al problema del desarme. La actitud china es jurídicamente irreprochable, ya que no constituye otra cosa que la aplicación de una regla de alcance universal, reflejada en las palabras latinas *Res in alios acta*.

Lo que parece evidente es que los ademanos, a cargo, respectivamente, de los abarcados por el dilema Este-Oeste y de los países alineados en la inmensidad del mundo interpuesto, están afectados actualmente por un período, a la vez de crisis y de necesidad de mutua adaptación a nuevas exigencias, apreciación que acaso se estime imprecisa, pero que tal vez perderá su condición de indeterminada, si logramos desentrañar lo que realmente implica. A tal propósito, centremos nuestra atención, respecto de lo que encarnan, respectivamente, los que pudiéramos considerar como exponentes más destacados del neutralismo, bien sea en su forma, algo sorprendente, de posición activa, ya revistiendo el perfil de reacción expectante y más o menos episódica: Tito, Pandit Nehru y Nasser. Ni en el orden cronológico, ni en su respectivo contenido dialéctico, se aprecia visible coincidencia, cuando se parangonan las tres citadas posiciones neutralistas, deducción que ahora establecemos de modo provisional, a reserva de intentar seguidamente su posible justificación.

De las tres posiciones dialécticas consignadas, la más sorprendente es la personalizada en el presidente Tito, jefe de un Estado balcánico, a la sazón signatario de un tratado de alianza, concertado con Grecia y Turquía, pacto después afectado por las repercusiones del problema chipriota, ya que, como firmante, Tito no parecía pisar terreno firme, para erigirse en inspirador de una inclinación neutralista, proyectada con ambición notoria, ya que su propugnador aspiraba a lograr que su eco alcanzase las más alejadas latitudes. Ello no obstante, en 1954, Tito emprendió un dilatado viaje, por países africanos y sudasiáticos, a donde se proponía exportar sus inclinaciones, más o menos teñidas de autonomismo, respecto de la U. R. S. S. Tito, a la sazón, aparecía encarnando una política internacional, compleja y no exenta de una cierta confusión, ya que, tachado por Moscú de heterodoxo, tal excomunión lo situaba en posición de apreciable disidencia respecto de Moscú. Esa relegación acaso se hubiese simplificado, si Tito utilizase la condena moscovita como punto de arranque que le permitiera acentuar su orientación hacia el mundo libre. Pero no fué así, ya que el dictador yugoslavo cuidó de conservar, hasta donde ello fuese posible, su inclinación singular de no comprometido, respecto de Occidente. Al propio tiempo, Tito, jefe dictatorial de un Estado comunista, hacía acto de presencia en países del Oriente Medio y del mundo sudasiático, alguno de los cuales no ocultaban su clara inclinación anticomunista, pero como al propio tiempo —dato de interés— como quiera que el comunismo yugoslavo aparecía como portador de un evidente sentido autonomista, ese apartamiento respecto de Moscú constituía elemento adecuado para impresionar a los países visitados, donde, si no florecía a la sazón un neutralismo agudo, cuando menos se registraban visibles tendencias respecto del desentendimiento, en conexión con el dilema Este-Oeste. Lo que parece innegable es que los citados desplazamientos del presidente Tito prepararon el ambiente para que, poco después, pudiera reunirse la conferencia de los pueblos afroasiáticos en Bandung y aun cuando Yugoslavia no podía acudir a tal comicio, por no pertenecer a ninguno de los dos continentes allí representados, no cabe duda

que la posición de Tito puede incluirse entre las inspiraciones que sirvieron de antecedente a la mencionada reunión de parte del mundo interpuesto. Esa fase inicial del afro-asiatismo debía contar entre sus motivos de aparición la actitud de Tito orientada hacia el desentendimiento.

El Pandit Nehru, es otra de las figuras preeminentes, en lo que a la orientación neutralista atañe, pero acaso su posición es, de todas las que reseñamos, la que ha dado origen a más especulaciones, entre otros motivos, habida cuenta de la extensión territorial de la India y su volumen demográfico, que la sitúa como la segunda nación del mundo en lo que a número de habitantes respecta. A esas características debe agregarse otra, también relevante: el formar parte de la Comunidad de Naciones Británicas, en calidad de Dominio, condición que no le impide mantener en política internacional una posición neutralista que se distancia visiblemente de la adoptada por alguno de los otros dominios británicos. Ello no obstante, es evidente que la India nos ofrece un conjunto de peculiaridades, que la proveen de innegable singularidad en política internacional. A esas características apuntadas, deben agregarse otras de índole geopolítica: aludimos al complejo problema que plantea a la India, conjuntamente, su contigüidad con la China y la imprecisión en el trazado de sus fronteras, limitando con la China comunista. Todos esos factores concurren en el sentido de fortalecer cuanto hay de complejo en el problema internacional que la India tiene planteado y al cual se intenta dar una solución en las conversaciones que mantienen en Nueva Delhi Nehru y Chu En-Lai, iniciadas cuando redactamos estos comentarios y que no parecen contar con muchas posibilidades de éxito.

Recientemente, el Pandit Nehru concedía una entrevista a enviados especiales de la prensa española y en el curso de tal diálogo, necesariamente habría de aludirse a los problemas que plantea la inclinación neutralista de la India. He aquí lo que el Pandit Nehru manifestaba a este propósito: «No sé lo que quieren ustedes decir con ese extraño vocablo de neutralismo. No sé lo que nadie quiere decir con esa palabra, nacida entre los bastidores de la «guerra fría», en la que me niego a intervenir. Me aplican este vocablo por no tener una alianza militar con nadie. Pero en el orden de las ideas, en el campo de los principios, no somos «en absoluto» neutralistas. El ser pacifistas, el proclamar la guerra como el mayor de los males que puede caer sobre la humanidad, es algo muy distinto.» Como quiera que el periodista interrogante aludiese a la posibilidad de una agresión y a la necesidad de concertar alianzas militares para hacer frente a la misma, en el caso de producirse, Nehru replicaba: «No dudo que en algunas ocasiones sea necesario. Pero insisto en que las alianzas militares entrañan demasiados compromisos de otro orden que no nos interesa compartir. Sin embargo, si la agresión se produjera, sería rechazada.»

Si, como creemos, la «guerra fría» constituye fruto específico del actual período posbélico, será adecuado extender esa condición de experiencia inédita al neutralismo y si ambas apreciaciones se consideran adecuadas, será atinado colegir que el neutralismo se generó en función de la preexistencia de la «guerra fría» y, por tanto, en la misma medida en que esta última se atenúe, perderá, no sólo actualidad, sino posibilidades de vigencia, el neutralismo. Así caracterizado el neutralismo no puede aseverarse que quienes lo respaldan optan por asumir una posición de desentendimiento, antes bien, en la misma medida en que se acrezca el número de los llamados países no comprometidos, más efectivas serán las repercusiones de esa posición moderadora, respecto de los que actúan en cuanto elementos antitéticos, generadores del dilema Este-Oeste. Esta interpretación resultaría correcta si el Pandit Nehru no agregase, a guisa de complementarias, las consideraciones referentes a las alianzas militares, en cuanto adecuado antídoto frente a una posible agresión. Conviene agregar que antes Nehru había aseverado: «Me aplican ese vocablo (el de neutralista) por no tener una alianza militar con nadie.» Con ambas afirmaciones, Nehru parecía dar a entender que existen dos mundos, uno integrado por los países ligados por pactos militares; otros, que se han negado a concertar los mencionados convenios y que en esta última modalidad puede incluirse a la India. Ahora bien,

¿hasta qué extremo la circunstancia de no estar ligado por alianzas militares posibilita a un Estado para desentenderse del duelo en frío, del cual son prominentes autores Rusia y los Estados Unidos? La respuesta de Nehru, aun cuando a primera vista pudiera calificarse de aclaratoria, no lo es en realidad, ya que el Pandit Nehru dice: «En el orden de las ideas, en el campo de los principios, no somos, en absoluto, neutralistas.» Si nosotros formáramos en el número de los periodistas que interrogaron al primer ministro de la India, plantearíamos a Nehru la siguiente cuestión: «Si la "guerra fría" constituye fruto específico, de una lucha planteada, como dice Nehru, «en el orden de las ideas y en el campo de los principios», desentenderse (como pretende llevarlo a cabo la India) de «sa pugna ideológica, nos parece difícilmente conciliable con el neutralismo hindú.» Conste que los anteriores reparos han sido por nosotros formulados, teniendo en cuenta la difícil posición en que sitúa a los neutralistas, su inclinación hacia el desentendimiento, pero precisamente lo que hay de complejidad en tal postura dialéctica parece evidenciar, cuando menos, la razón de ser que encierran las dos siguientes advertencias: 1.^a que el neutralismo no permite, a quienes lo sustentan, determinar de manera precisa, dónde comienza y dónde termina la inclinación neutralista; 2.^a que el carácter fluido e impreciso del neutralismo concurre en el sentido de exigir de sus voceros suma habilidad dialéctica para no decaer de una equidistancia que resulta, en definitiva, ser de muy problemática y limitada vigencia. Así el neutralismo, en último término, no representa otra cosa que un síntoma más de esa inclinación hacia la fluidez, tan en boga en este período posbélico, trance histórico que parece brindar adecuada coyuntura a los *slogans*, cuanto más imprecisos, más abocados a reclutar una creciente suma de adeptos, motivo por el cual, siempre que hemos encarado este fenómeno del neutralismo, lo realizamos con invariable cautela, por creer que sus posibilidades de vigencia no radican en su contenido positivo, del cual nos parece carente, sino precisamente en la fluidez e incluso en su sonoridad, que lleva al ánimo de sus propugnadores, sino la convicción, cuando menos a la acaso vaga esperanza de que es posible vivir en este mundo posbélico, desentendiéndose, con mayor o menor fortuna, de las antítesis.

Completemos la anterior exposición refiriéndonos a otro de los propugnadores del neutralismo, a cuya denominación se agrega, como adjetivo complementario, el de activo. Aludimos al Presidente Nasser, que tan insistentemente ha intentado brindar una explicación convincente del por qué inspira su política internacional en la práctica del sedicente neutralismo activo.

Advirtamos, ante todo, que la posición de Nasser no sería adecuadamente valorada sin tener en cuenta determinados antecedentes, sin cuya mención acaso correríamos el riesgo de formular apreciaciones recusables. Nasser no propugna la puesta en práctica de un neutralismo inspirado en la equidistancia respecto de la antítesis Washington-Moscú, ya que tal posición resultaría de bien difícil puesta en práctica. De ahí su concepción del neutralismo, no inspirado en el desentendimiento, sino atendido a un activismo que le sirve de complemento (ya veremos oportunamente cómo se intenta justificar esa posición). Téngase en cuenta—dato relevante—que el mayor de los éxitos políticos alcanzados por Nasser, desde su advenimiento a la Presidencia de la República egipcia, ha consistido en decretar y consolidar la nacionalización del canal de Suez, éxito positivo alcanzado en circunstancias *sui generis*, que no conviene desdeñar. Si Nasser, al decretar la nacionalización del canal de Suez tropezase con la preexistencia, actuante, del dilema Washington-Moscú y si Rusia y Norteamérica se produjesen, respecto a tal resolución nacionalizadora, en situación de discrepancia, posiblemente ese acto de audacia nasseriano no hubiese sido realidad y sí, a pesar de todo, Nasser no vacilase en embarcarse en lo que entonces se consideraba como arriesgada aventura, el camino que se le abrió en 1956, se hubiese convertido en ruta salpicada de peligros, no sólo para Nasser, sino incluso en lo que afecta al mantenimiento de la paz posbélica, tan notoriamente inestable. Pero la realidad fuera muy otra, habida cuenta de que en 1956 el dilema no se personalizó, como aconteció hasta entonces, de modo respectivo, en Washington y Moscú, sino que actuaron como discrepantes, de un lado, Francia e Inglaterra, y,

de otro, Rusia y Norteamérica, las dos últimas naciones actuando, acaso por vez primera, de modo coincidente, en el sentido de condenar, concurrentemente, la acción bélica desplegada sobre la zona del canal por los efectivos militares franco-británicos, paralizando dicha acción coercitiva y facilitando así una especie de excomuni6n de las naciones interventoras, creando un vacio en el Oriente Medio y poniendo de ese modo, al alcance de Nasser, una muy explotable y prometedora libertad de movimientos. Así el neutralismo activo de Nasser no se construy6 a la sombra de una precedente antitesis Washington-Moscú, sino cobijado en una ocasional coincidencia de los Estados Unidos y Rusia. De ahí la oportunidad de advertir que de todos los neutralismos hoy vigentes, en el practicado por Nasser concurren condiciones carentes de plural y por lo tanto resultan ser inextensibles en lo que concierne a otros neutralismos que pugnan por abrirse paso en las más diversas y alejadas latitudes. Acaso tal originalidad genésica explique, en no pequeña parte, el porqué Nasser, creyendo pisar terreno dialécticamente firme, abrig6 la ilusi6n de convertirse en uno de los más sólidos y prestigiosos pilares de este fenómeno posbélico que es el neutralismo.

Si dispensamos tan específica atenci6n a lo que tiene de *sui generis*, en lo que atañe a sus factores genésicos, el neutralismo de Nasser, tal alusi6n nos dar4 pie para valorar, adecuadamente, lo que puede albergar de firmeza constructiva, el intento justificativo que de su posici6n neutralista nos brinda el presidente egipcio. Lo hemos conocido, a través de unas manifestaciones de Nasser, ofrecidas a lo largo de un prolongado di4logo, mantenido por el presidente egipcio con Benoist Mechin (véase: Benoist Mechin, *Un printemps arabe*, editions Albin Michel, Paris, 1959; especialmente el capitulo I, págs. 72 y siguientes). Siendo el neutralismo producto específico de una serie de circunstancias, nacidas en el actual periodo posbélico y generado en funci6n de la antitesis Washington-Moscú, parecía lógico inspirarlo en circunstancias y peripecias internacionales registradas en la última década. Sorprendentemente, Nasser intenta probar que el actual neutralismo activo, que ahora propugna, se inspira en una experiencia hist6rica, registrada cuando declinaba el siglo XVIII, y, a tal efecto,, no vacila en alegar que ha sido en el «Manifiesto de Adi6s» de Washington, de 19 de noviembre de 1796, donde encontr6 apoyatura dialéctica e inspiraci6n para construir su neutralismo activo. A tal efecto, aduce Nasser, que así como hoy el mundo interpuesto debe contar con la antitesis Washington-Moscú, Jorge Washington, en 1796, redactaba su hist6rico «Manifiesto» atenido a lo que entonces representaba el duelo franco-británico. Para fortalecer su tesis, Nasser cita alguno de los párrafos del mencionado «Manifiesto» y embarcado en tal parang6n y animado por lo que considera enseñaanza deducidas de tal estudio comparativo, no se da cuenta de que est4 cayendo de lleno en un puro anacronismo. Esa deducci6n nuestra hemos intentado justificarla a lo largo de 15 conferencias, recientemente explicadas en la Escuela de Funcionarios Internacionales, centradas en el estudio del «Dilema Este-Oeste». Allí cuidamos de advertir que una cosa es el neutralismo que Nasser atribuye a Washington y otra muy distinta lo que ha constituido auténtica constante hist6rica norteamericana: el aislacionismo. Cuidábam6s entonces de advertir hasta qué punto la hostilidad franco-británica de la época posrevolucionaria habia dado paso a la defecci6n ánglica respecto de la Santa Alianza, hasta el extremo de que fuera George Canning quien habia inspirado a los norteamericanos, lo que pasaría a constituir Doctrina de Monroe y un neutralismo resulta difícilmente conciliable con la adscripci6n a la tesis de uno de los supuestos discrepantes. Acaso si Nasser, en vez de entregarse a esos escarceos hist6ricos, alejados y anacr6nicos a la vez, hubiese centrado su argumentaci6n en experiencias posbélicas, la coyuntura dialéctica se le ofrecería como más adecuadamente utilizable. Cabe sospechar si Nasser, situado ante el trance de justificar su neutralismo, carente de otros argumentos más atinentes, opt6 por esa referencia a un pasado remoto, respecto del cual consideramos inadecuado buscar motivos de inspiraci6n, respecto de neutralismos, que en nada se asemejan al propugnado por Jorge Washington.

SESENTA AÑOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL ESPAÑOLA.

El 24 de marzo de 1960, el ministro español de Asuntos Exteriores pronunciaba una conferencia en la Universidad washingtoniana de Georgetown y el tema objeto de análisis, fuera el concerniente a la política exterior de España, referida al espacio limitado por los años de 1898 y 1960. Confesemos, ante todo, el interés que en nosotros ha despertado tal intento explicativo y recapitulador y ello, entre otras consideraciones, por aquéllas que ofrecemos al lector de modo inmediato.

Si alguien nos situase ante el trance de proceder a una exposición esquemática de la política internacional española, probablemente antes de satisfacer la curiosidad del requirente, lejos de ello, utilizaríamos esa astucia dialéctica, tan extendida en tierras de Galicia, y que consiste en replicar a una cuestión, formulando una nueva interrogante; en este caso nos preguntamos, ¿es que en realidad ha existido una política internacional española en los últimos sesenta años?, y, presumiblemente, la perplejidad de nuestro hipotético interrogante subiría de punto si agregásemos a la anterior pregunta esta otra: ¿qué debe entenderse por política internacional y en qué circunstancias puede aseverarse que ésta constituye realidad? Sobre tal modalidad del problema aludido, consideramos permisible sentar las siguientes consideraciones: si se atribuye carácter de política internacional a la suma de relaciones episódicas y emergentes, que va acumulando un Estado, a medida que los problemas se plantean, entonces puede aseverarse que no existe nación alguna carente de política internacional, pero si, como nosotros suponemos, sólo es adecuado considerar como política internacional la actividad desplegada por un país, conectado en la práctica de la misma a normas de orientación permanentes, esto es, a las denominadas constantes históricas, ateniéndonos a tal base normativa, puede aseverarse que no todos los países han logrado practicar una política internacional, en la específica significación que asignamos a la citada actividad. Así, a guisa de ejemplo, podríamos invocar aquí lo que ha sido política internacional de algunos Estados, ateniéndonos a la práctica de lo que consideraban como constantes históricas: Inglaterra y su sistema del equilibrio político, Rusia y la búsqueda de una salida al mar libre, Norteamérica y el aislacionismo. ¿Cuál ha sido, suponiendo que haya constituido realidad, la constante histórica internacional de España en los últimos sesenta y dos años? Según pudiera inducirse de las apreciaciones formuladas por el ministro español de Asuntos Exteriores, no otra cosa que la neutralidad, que se inicia al clausurarse las guerras napoleónicas y retiene su vigencia hasta el año de 1953, fecha en que fuera signado el tratado de asistencia militar con los Estados Unidos. Ahora bien, si, como creemos, la política internacional debe ser a la vez dinámica y positiva, ¿puede considerarse como tal una actitud inspirada en la inhibición y en el marginalismo? Pudiera replicársenos haciendo notar que aludir a la práctica de la neutralidad, en cuanto norma básica de una política internacional, no excluye la existencia de notas diferenciales que proveen de indudable singularidad, según sea el contenido de cada una de ellas y como elemento específico de esos diversos modos de practicar la neutralidad, podemos exhumar ahora cuál fuera la actitud de España en el curso de la última guerra europea, recordando que entonces se habló, no concretamente de neutralidad, sino de no beligerancia, entendiéndose que esta última posición representaba el designio por parte de España de no considerar que con la proclamación de la neutralidad, no debía colegirse que ésta era definitiva e irreformable, reservando España un margen de acción utilizable, si así lo hubiese exigido la marcha de los acontecimientos, pero esa imagen de la no beligerancia (que en cierto modo constituye un antecedente lejano del actual neutralismo posbélico), no contradice nuestras tesis básicas, ya que si la neutralidad (no revistiendo la condición de perpetua, como en el caso de Suiza) se produce en función de una preexistente beligerancia y si en tal sentido constituye un movimiento reactivo, conviene reiterar, una vez más, que la política internacional, para revestir la condición de tal, debe albergar dos normas, unas activas, otras re-

plicantes, dando más acusada beligerancia a las primeras que a las segundas, ya que, en otro caso, quien construye su política internacional, en épocas de emergencia, a base de reacciones episódicas, no hace otra cosa que producirse a impulsos de la iniciativa retenida en este caso por las potencias beligerantes. En este sentido conserva plena vigencia lo contenido en la *Filippica* de Demóstenes, concerniente a la guerra que mantenían, de un lado, los atenienses, y, de otro, Filippo de Macedonia, reprochando Demóstenes a los primeros, que, disponiendo de mejores elementos técnicos de lucha que el padre de Alejandro Magno, se limitaban a responder a las iniciativas de Filippo.

En su disertación de la Georgetown University, el conferenciante español aludió, a nuestro entender, con acierto y originalidad, a lo que representara en el curso de la última guerra la acción de los pequeños Estados, problema a que alude Annette Baker Fox en su libro—citado por Castiella—*The Power of Small States*, apreciaciones referidas a Suecia, Noruega y España, experiencia demostrativa de que la neutralidad puede ser rentable para alguno de los beligerantes y constituir desventaja en los que a otros concierne, ya que aun ateniados quienes la practican a las dos normas básicas que caracterizan la neutralidad (abstención e imparcialidad), resulta evidente que por consideraciones geográficas, el marginalismo puede favorecer específicamente a un beligerante, deducción aplicable al caso de España, en lo que a Francia atañe, habida cuenta de que entonces, fronterizos de la citada nación, en Europa y África, lejos de practicar una especie de neutralidad armada, obligando a Francia a retener efectivos militares cuantiosos en los Pirineos y en Marruecos, nos abstuvimos de llevar a cabo cuanto pudiera implicar concentración de fuerzas en las dos citadas zonas fronterizas, liberando en este sentido a Francia de toda preocupación y permitiéndole concentrar sus efectivos en el frente occidental, apreciaciones confirmadas plenamente, cuando se recuerdan las palabras pronunciadas por el *premier* británico Churchill ante la Cámara de los Comunes (3 junio 1944), así como el telegrama dirigido por el presidente Roosevelt al jefe del Estado español, el 8 de noviembre de 1942, alusivo al desembarco aliado en el Norte de África, punto de partida de lo que posteriormente habría de ser la contraofensiva aliada.

Partiendo el período histórico que el conferenciante analiza, del año de 1898, inevitablemente debía aludirse a la guerra hispano-norteamericana, contienda que aceleró el ocaso de nuestro imperio virreynal, tema delicado, habida cuenta de que debió abordarse ante un público estadounidense. El conferenciante creemos que salvó atinadamente el escollo, sin que su cautela implicase soslayamiento de los factores esenciales que concurrían en el problema exhumado. Aquella pugna, notoriamente desigual, fuera designada como la «pequeña guerra espléndida» (*The splendid little War*), apelativo inadecuado, de un lado, porque asignándole tal denominación se soslaya el problema relativo a la justicia de aquella contienda, y, de otro, porque, como asevera Herbert Agar en su libro—en el cual colaboraron otros autores—titulado *The Americans*, el presidente Mackinley «comunicó al Congreso que España había cedido en todos los puntos; a pesar de lo cual, el Congreso, sin más, declaró la guerra», apreciación que lleva al referido autor a brindar la siguiente afirmación: «En 1898 los Estados Unidos libraron una de las guerras más innecesarias de la historia.» Hoy, al cabo de 62 años, los Estados Unidos pueden valorar adecuadamente lo que, andando el tiempo, habría de implicar aquella contienda, acertadamente calificada de innecesaria, en lo que atañe a las relaciones de Norteamérica con la República de Cuba, que justamente en la actualidad atraviesan por una etapa de acentuada delicadeza. Tal situación, que no deseamos enjuiciar, debiera servir de incentivo a los Estados Unidos para meditar en torno a la posición anticolonialista, habida cuenta de que la independencia política de un país que ha dejado de ser colonia, no depara una auténtica manumisión, si no lleva aparejada la liberación en el orden económico, apreciación que no debieran desdeñar totalmente cuantos aspiren a formarse una idea objetiva de lo que significa el actual régimen de Fidel Castro. A este propósito, Claude Julien (artículo publicado en *Le Monde Diplomatique*, correspondiente al mes de marzo) consigna:

datos que nos parecen significativos, al recordar que cuando se hundió el régimen de Batista, once compañías norteamericanas controlaban en Cuba el 47 por 100 de la producción de caña de azúcar, dato relevante, en lo que atañe a la necesidad de que Cuba aspire a controlar esa elevada porción de su producción azucarera.

El ministro español de Relaciones Exteriores abordó igualmente el candente problema del colonialismo, referido específicamente a la posición de España en relación a esa mácula posbélica. Puede decirse a este propósito que la vieja condición anticolonialista de España carece de plural, referida a la que fuera actitud de otros Estados Europeos. Baste recordar lo que en otro tiempo significó la diáfana y generosa construcción dialéctica que hiciera Francisco de Vitoria en sus «Relaciones» sobre los indios recientemente hallados, continuada y fortalecida por los juristas-teólogos españoles del siglo xvi. No es posible encontrar una flagelación del colonialismo tan concluyente como la referida, y no ciertamente por lo que encerrase de vocinglera, sino por su severa construcción dialéctica, que la proveía de perceptible irrefutabilidad. De aquel alejado precedente se desprende una realidad a la cual aludió oportunamente el señor Castiella, recordando que de las naciones colonizadoras de América, sólo España (a dicha mención agregaríamos nosotros la de Portugal), ha liquidado definitivamente aquel pasado. En contraste, añadimos nosotros, otras naciones europeas retienen bajo su poder soberano restos de su imperio colonial, tanto en tierra firme como en el sector insular; tal es actualmente el caso de Gran Bretaña, Francia, Norteamérica y Holanda. Ello depara a nuestra patria una perceptible latitud dialéctica que le permite comparecer ante el Nuevo Mundo, libre de toda mácula colonialista y que, al propio tiempo, la faculta para respaldar las explicables ansias de manumisión económica, encarnadas actualmente en las Repúblicas situadas al sur del Río Grande.

Con prudencia y firmeza a la vez, el ministro español de Asuntos Exteriores caracterizó lo que considera como términos básicos del mundo iberoamericano y dijo a este propósito: «Creemos que Iberoamérica se encuentra en un decisivo momento de su historia, enfrentada—en un instante de crecimiento y expansión—con unas cuestiones que son vitales para su futuro. Al mismo tiempo, el inmenso potencial demográfico y económico que albergan sus países constituye, junto a la gran tradición cultural de que son depositarios, un factor político de primera magnitud en el mundo. España participa de las inquietudes iberoamericanas y cree absolutamente imprescindible y urgente comprender las necesidades y aspiraciones de aquellos pueblos. Ignorar la realidad de Iberoamérica o enfrentarse a ella, con una inercia mental, hoy enteramente anacrónica, sería probablemente muy peligroso. No hacer justicia a sus aspiraciones, tratar a esos países sin generosidad y respeto, sería una grave estupidez, cometida con uno de los bloques de naciones que más futuro tienen en el mundo.»

Se invoca así, conjuntamente, los que representan el factor demográfico y las riquezas que alberga el mundo situado al sur del Río Grande, comunidad de naciones que, impelida por una insoslayable presión demográfica, se adentra actualmente en un trance histórico, decisivo para su destino. Frente a ese ímpetu biológico, que nadie logrará detener ni desviar, no puede reaccionarse, ni refugiándose en la ignorancia, ni entregándose a la práctica de una técnica expectante o inmovilista. No se olvide que en el año 2000 los Estados Unidos contarán 312 millones de habitantes, Europa, sin Rusia, 568 millones e Iberoamérica 592 millones, factor demográfico al cual es preciso otorgar su debida beligerancia. Téngase presente, al propio tiempo, que Iberoamérica se orienta hacia su integración y que esa inclinación aunitiva nos aportará el epílogo de un bloque de naciones con el cual será preciso contar, considerándolo en cuanto factor de posible protagonismo en la política internacional del futuro. Todo ello debe relacionarse con una experiencia que requiere nuestra atención, caracterizada por el incremento de Estados soberanos, especialmente en el mundo africano. Dentro de algunos años se elevará a cerca de un centenar el número de Estados independientes, miembros de las Naciones Unidas y sin necesidad de proceder a una revisión de la Carta Orgánica de San Francisco, nadie podrá

evitar que se registre un incremento en el peso y atribuciones conferidas a la Asamblea General, ensanchamiento que afectará inevitablemente a la omnipotencia que la Carta reconoce a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y al privilegio, cada día más difícilmente prorrogable, representado por el sedicente derecho de veto. Pero nos parece oportuno advertir que no será el precitado factor numérico el que habrá de proyectar su influencia en calidad de elemento decisivo en el seno de la O.N.U., ya que el peso de sus miembros dependerá de su capacidad específica y en este sentido resultaría inadecuado predecir que la proyección de las veinte Repúblicas iberoamericanas, políticamente maduras, pueda equipararse al peso de los Estados africanos, manumitidos o en vías de alcanzar su independencia, desenlaces que a veces se registran enmarcados en un ambiente de inquietante indeterminación, generada por la preexistencia de un micronacionalismo, obstáculo dispersivo y que tanto puede afectar a la futura estabilidad política del continente negro. Precisamente estas notas diferenciales, deducidas de un objetivo parangón referido a los mundos iberoamericano y africano, explica nuestra sorpresa, a la cual hacemos mención en otra parte de estos comentarios, en lo que respecta al propósito del doctor Fidel Castro, de reunir en La Habana, en el próximo estío, una conferencia de países subdesarrollados, comprendiendo, al propio tiempo que al mundo americano, al inmenso conjunto afroasiático, diálogo respecto de cuya eficacia puede albergarse más de una duda. Ante este trance histórico, el ministro español de Asuntos Exteriores hizo saber en forma inequívoca que «España participa en las inquietudes iberoamericanas y cree absolutamente imprescindible y urgente comprender las necesidades y aspiraciones de aquellos pueblos».

Otro de los puntos cardinales de la política internacional española* lo constituye el mundo africano, y a ese aspecto del problema aludió el señor Castiella. Nuestra política exterior respecto de África, tiene algo más que el valor de un episodio, ya que puede encuadrarse en una precedencia histórica, que arranca de 1415 (reconquista de Ceuta). Desde entonces nuestra proyección, tendida hacia el continente negro, se mantuvo sin discontinuidad y tal persistencia sólo resulta explicable conectándola a exigencias de índole geopolítica, aun prescindiendo de una constante histórica, inspirada en la exigencia geopolítica, consistente en no desentenderse de lo que pueda acontecer en las costas cercanas y opuestas. No es tampoco indiferente la circunstancia de que durante siete siglos estuvimos en contacto con los árabes, instalados en nuestra patria. Así, coincidentemente, la historia y la geopolítica impiden aceptar cuanto pudiera considerarse como una especie de desentendimiento español respecto del mundo africano. El problema así planteado no se alteró sustancialmente cuando reconocimos, sin resistencia ni parsimonia, la transformación operada en Marruecos, al desentenderse de su condición el país protegido y ascender a la plena independencia. Precisamente esa manumisión política, pluralizada en lo concerniente a lo que fuera regencia tunecina, inauguraba un nuevo período histórico, genéricamente referido al denominado continente negro y específicamente conectado al renacer del mundo árabe. Ninguna otra parte de las cinco que integran nuestro mundo ha registrado una tan honda inquietud, como la hoy vigente en tierras africanas. El renacer impetuoso de la conciencia nacional, registrado a lo ancho y a lo largo del continente negro, constituye una realidad a la cual es preciso otorgar la debida beligerancia. Ese despertar del mundo africano no sólo plantea un serio problema a los Estados europeos, que han logrado extender su soberanía política al mundo africano (Inglaterra, Francia, Bélgica y Portugal), sino a Europa en general, habida cuenta de que si el colonialismo, cuando aun conservaba su vigencia, constituía adecuado caldo de cultivo para instalar en el continente africano infiltraciones extrañas y disociadoras, ahora registramos el nacimiento de Estados independientes, esa coyuntura ofrecida a la penetración comunista, lejos de perder vigencia, se ha incrementado en forma perceptible.

* Camilo Barcia Trelles, *Puntos cardinales de la política internacional española*, Madrid, 1939. 488 páginas.

Téngase en cuenta que si es peligroso obstinarse en prorrogar un metropolitano desactualizado, no menor riesgo implica el reconocer la condición de pueblos soberanos a entidades no políticamente maduras y en cuyo seno hacen acto de presencia rivalidades tribales, manifestación de un micronacionalismo hoy imperante en Africa y acaso antesala de luchas intestinas, que pueden entorpecer la aparición, en la escena político-internacional, de nuevos miembros de la comunidad de naciones.

Es así como nos encontramos situados frente a un trance histórico de muy difícil predicción y no debe excluirse de las posibilidades inmediatas, la de que esa complejidad y ese ambiente de indeterminación posibiliten la presencia e infiltración del comunismo. A tal problema aludía concretamente el ministro español de Asuntos Exteriores, cuando decía: «Nosotros creemos que hay que comprender las aspiraciones de los pueblos africanos y que hay que ayudarles en su lucha por el bienestar y el progreso. Pero sabemos también que hay que estar vigilantes y no permitir que Rusia y China, atentando contra las nuevas independencias, ocupen en ese continente ninguna posición que trate de envolver a Europa por el Sur. En ese sentido nosotros tenemos voluntad de permanecer y de resistir cualquier agresión.»

Son conjuntamente los dorsos de Europa y del Mediterráneo los que actualmente constituyen objetivo preferente de Rusia y China. Las circunstancias concurrentes en estos últimos años del período posbélico se han traducido en la consecuencia de que sobre España, concretamente, recae una acusada responsabilidad, acentuado protagonismo cuya evidencia reveladora brindamos a la consideración de aquellos que, atentos a una difícilmente explicable obcecación, han situado a España al margen de la organización atlántica y consiguientemente respecto del Pacto defensivo concluido en 1949. Todo cuanto dejamos consignado (reflexiones sugeridas por el discurso cuya glosa ofrecemos al lector) pone claramente de manifiesto que se acercan para España, en el orden internacional, trances de acentuada responsabilidad y que debemos hacer frente a esas exigencias, atentos a la básica consideración de que, pluralmente, la historia y la geografía exigen de nosotros la puesta en práctica de un protagonismo, no prefabricado o artificialmente construido, sino deducido, lógica e inexorablemente, de exigencias respecto de las cuales un desenrendimiento tendría el perfil específico de la deserción.

FACTORES DE DISPERSIÓN Y POSIBILIDADES DE AGLUTINACIÓN EN EL NUEVO MUNDO.

La circunstancia de que los Estados Unidos se hayan visto compelidos a centrar sus inquietudes respecto de problemas generados y vigentes en el viejo mundo europeo, ha implicado, en otras, la siguiente consecuencia: aparición en los medios diplomáticos washingtonianos de una especie de distracción respecto de lo que hasta 1939 constituía norma básica de la política internacional norteamericana: el problema interamericano. Tal marginalismo posbélico, al cual aparecen implícitamente condenadas las Repúblicas situadas al sur del Río Grande, generaba una evidente dislocación entre ambas Américas, faltando a la hispánica aquello que constituyera acción no discontinua, a lo largo de las conferencias interamericanas, hasta el presente convocadas y reunidas. Podían los pueblos americanos, de estirpe ibérica, alterar su rumbo y mirar hacia Europa con la misma insistencia antes dedicada, casi exclusivamente, a escrutar cuáles pudieran ser los designios de Washington, D. C., pero tal cambio de frente resultaba difícilmente practicable respecto del mundo occidental europeo, a la sazón postrado e iniciando un período de larga e imprevisible convalecencia. Ello no obstante, conviene advertir que si en Europa no podía encontrar Hispanoamérica recurso adecuado para compensar y sustituir el adormecimiento registrado en las relaciones interamericanas, ello no obsta para que registremos una consecuencia, portadora de evidente relevancia: en los últimos años de esta década posbélica, a medida que se registraban síntomas inequívocos de cómo el viejo mundo aspira a reemplazar su cuatrisecular parroquialismo, por el ansia de integrar sus factores vitales, Hispanoamérica, con visible y fina intuición, creía,

de un lado, que era imprescindible señalar un término a la crisis de solidaridad americana que se registraba en el Hemisferio Occidental, y, de otro, que acaso existiera medio adecuado para superar ese fenómeno dispersivo y ello tal vez lo deparase el inspirarse en lo que constituía movimiento de integración europea, fenómeno claramente perceptible a partir de 1954 y que desde entonces viene fortaleciéndose de modo visible. Actualmente ya se nos han brindado experiencias que concurren en el sentido de fortalecer nuestra tesis y evidenciar de qué modo Hispanoamérica está orientada hacia la adopción de medidas integradoras, que acaso no fueran realidad sin la precedencia de la experiencia aunitiva que se nos ofrece en esta otra orilla del Atlántico. Baste citar, entre otros ejemplos que pudiéramos brindar al lector, el que nos ofrece la reciente signatura en Montevideo de un tratado instituyendo la asociación latinoamericana de libre cambio, firmado por siete Estados del Nuevo Mundo, así como la creación de un Banco interamericano y la fundación de una convención, que, según afirman sus creadores, se inspira en la Unión Europea de Pagos y en el Acuerdo Monetario Europeo. El primero de los citados convenios, firmado en Montevideo, engloba 140 millones de habitantes, viviendo en un área territorial de 16 millones de kilómetros cuadrados, abarcando así una población y una extensión territorial que excede a la representada por las otras trece Repúblicas iberoamericanas, no alcanzadas, hasta el presente, por el citado acuerdo, aun cuando, en un futuro próximo, se prevé la creación de una Comunidad Económica Iberoamericana, que comprendería a las veinte Repúblicas situadas al sur del Río Grande.

Los instigadores de ese movimiento aunitivo, sin departirse de un adecuado sentido realista, no ignoran que acaso en el Nuevo Mundo el camino recorrido por la Europa posbélica orientada hacia su integración, tropezará con más obstáculos que los que han debido salvar algunas naciones del viejo mundo, pero ello no obsta para que pueda registrarse una visible semejanza, cuando se parangonan las inclinaciones orientadas hacia la integración a una y otra orilla del Atlántico. En América, como en Europa, se ha partido de una base nuclear, representada en este continente por la asociación de los seis y encarnada en el Nuevo Mundo por la unión americana de los siete. El ensanchamiento de ese núcleo originario en ambos mundos, acaso resulte más factible en el Hemisferio Occidental, y aun cuando esta apreciación pudiera causar extrañeza, especialmente referida a los obstáculos que habrán de eliminar quienes han logrado articular la referida asociación latinoamericana de Libre Comercio, consideramos posible desvanecer esa posible extrañeza. A tal efecto pensemos en los factores extraeuropeos que pueden proyectar su influencia sobre los proyectos agregadores, referidos al viejo mundo y aquellos que en el Hemisferio Occidental pueden hacer acto de presencia. En lo que al mundo europeo atañe, deben tenerse en cuenta, entre otros factores de posible efecto disociador, de un lado la Gran Bretaña, habida cuenta de la singularidad de su política internacional ligada a los dominios, y, de otro, África, con lo que representa la presencia de las comunidades francesa y británica, que han reemplazado a lo que fuera en tiempos organización de tipo metropolitano. En lo que a la primera respecta, téngase en cuenta que Inglaterra forma parte integrante, como ya hicimos notar, de la «British Commonwealth of Nations», pertenencia que no sólo condiciona y limita la libertad de acción ánglica en punto a perfilar su política internacional, sino que proyecta igualmente su influencia sobre la estructura económico-comercial del III Imperio Británico. Es esto tan innegable, que si Albión no hubiese ligado en cierto modo su destino a la suerte de los dominios, probablemente a estas horas no asistiríamos, explicablemente angustiados, al despliegue de esfuerzos, hasta el presente insuficientes, para acoplar las dos Europas, la de los seis y la de los siete. Acaso de las dos organizaciones citadas, la Europa sextuple se nos presenta como portadora de factores más coherentes que los ofrecidos por la Europa de los siete, ya que aparte de la contigüidad respectiva de la Europa sextuple, condición que no se registra en la zona del mercado libre, téngase en cuenta otro dato, no carente de trascendencia, a saber, que la acentuación de los lazos que

conectan a la Europa sextuple y el propósito de fortalecer, acelerando su evolución, el mercado común, obedece a un designio político: convertir en definitiva e irreversible la cooperación franco-alemana, inhumando así cerca de un siglo de historia, a lo largo del cual la política europea, así como sus crisis bélicas sucesivas, se producían en función de una hostilidad que había generado tres guerras y cuya prolongación se interponía como obstáculo máximo en el camino conducente a la articulación y reconciliación del viejo mundo. Esta avenencia franco-alemana, hoy auténtica y no episódica realidad, no sólo repercute sobre la tierra firme europea, sino que alcanza en su eco a las Islas Británicas, habida cuenta de que la técnica del equilibrio político, practicada por Albión, se inspiraba invariablemente en el presupuesto de una hostilidad que enfrentaba sucesivamente a éstas o a las otras naciones del continente. Hoy, la política internacional británica tiene que hacer frente al problema planteado por la aparición de esa avenencia, adaptación a una nueva realidad, de no fácil realización, aun cuando abrigamos la esperanza de que algún día, si Inglaterra no quiere correr la peligrosa aventura que implicaría el desconectarse de la Europa de la tierra firme, deba, con su bien acreditada capacidad posibilista, adaptarse a la nueva Europa, cuando ésta haya tornado decididamente su dorso a lo que constituyera fuerza de disociación, representada por un municipalismo, ahora, afortunadamente, en trance de inhumación.

Otro factor extraeuropeo, que al repercutir sobre el viejo mundo puede ser agente de complicación e incluso constituir un obstáculo interpuesto en el camino conducente a la posible articulación del Occidente, es África. Hasta no hace mucho tiempo, el continente negro figuraba como prolongación ultramarina y aditamento de ciertas naciones europeas, especialmente en lo que atañe a Francia, Bélgica, Inglaterra y Portugal; en calidad de complemento colonial, su destino estaba indefectiblemente unido al de las metrópolis. En tanto el colonialismo constituyó una evidencia, las sedicentes beneficiarias del mismo, lo consideraban como un privilegio, inextensible respecto de las naciones, no titulares de Imperios coloniales, pero ahora que presenciarnos el espectáculo deparado por el ocaso del colonialismo, se han alterado medularmente los términos del problema planteado, ya que las en otro tiempo colonias sucesivamente se están transformando, bien sea en Estados independientes, ya alcanzando la condición de dominios, dentro del área de la Comunidad de Naciones Británicas. De ese modo, Francia e Inglaterra han soslayado el riesgo inmediato de la secesión, en lo que atañe al destino de sus ex-colonias, pero precisamente al haberse sustraído a los riesgos de la separación, las sitúa en el trance de prestar ayuda a sus ex-colonias, en la actualidad alcanzadas por el riesgo que supone esa etapa de tránsito que, partiendo de la supeditación a la metrópoli, las sitúa en el ámbito de la autonomía, para alcanzar posteriormente una evidente soberanía, tanto en el orden interno como en el internacional.

No es de fácil predicción determinar la longevidad de esa última etapa de capacitación política, a cargo de las colonias manumitidas, pero puede suponerse que el epílogo no se registrará de modo inmediato. De ello cabe colegir que las relaciones de los nuevos Estados africanos, con su ex-metrópolis, serán más intensas y menos episódicas que las mantenidas con otros sectores del mundo, circunstancia que no pasará inadvertida a los ojos de alguno de los Estados, integrantes de la Europa sextuple, carentes de imperios coloniales en África, como es el caso de Alemania, Italia, Luxemburgo y Holanda, para los cuales resultará un poco extraño y, por ende, difícilmente viable, el fortalecer la estructura del mercado común de los seis, incluso acelerando el proceso de integración del mismo y al propio tiempo comprobar que la propugnada y deseable integración se detiene en las fronteras del mundo africano, generándose de ese modo una situación de desarmonía, que actuaría más como elemento de interferencia que en cuanto agente de coordinación.

A Hispanoamérica, comunidad que debe su advenimiento a la soberanía política, a la secesión respecto de las metrópolis, no puede hacerse extensiva la mácula del colonialismo. ¿Quiere ello significar que los países situados al sur del Río Grande no incluirán entre sus inquietudes las deparadas por fenómenos de repercusión, ge-

nerados fuera del Hemisferio Occidental? La precedente interrogación nos lleva a establecer contacto con un problema, que por ostentar la condición de inédito plantea cuestiones, no solamente de difícil solución, sino incluso de problemático diagnóstico diferencial; pero lo que está fuera de duda es que en Iberoamérica se están planteando problemas generados por el impacto de influencias extracontinentales, a las cuales sería inadecuado no prestar la debida atención.

Hace poco, el doctor Fidel Castro, presidente del Gobierno cubano, no vacilaba en presentarse algo así como discípulo y continuador de las inclinaciones neutra- listas de Abdel Nasser y no se trataba ciertamente de una más o menos inocua o sonora apreciación, formulada de modo ocasional, ya que, como se hace constar en otra parte de estos comentarios, el doctor Castro pretende poco menos que erigirse en vocero o portaestandarte del neutralismo activo, referido al Nuevo Mundo. Sorprende esa afirmación del doctor Castro, ya que si el neutralismo presupone equidistancia respecto de Moscú y de Washington, todo lo que pueda implicar de factible respecto de la U. R. S. S., lo encierra de difícilmente realizable respecto de Washington, ya que por evidentes motivaciones de índole geopolítica, resultaría extraño aplicar la misma norma de desentendimiento, referida pluralmente a Washington y Moscú. Por ello sería adecuado preguntar al doctor Castro, por quién y respecto de qué naciones va a ser practicado tal neutralismo, interrogante que probablemente provocaría la aparición de una intensa perplejidad en el ánimo del doctor Castro.

Ahora bien, si nosotros redujésemos el supuesto neutralismo propugnado por el doctor Castro al mundo hemisférico, tal vez pudiera reprochársenos que limitábamos arbitrariamente los términos del problema, habida cuenta de que, cual no ignora el lector de estas páginas, en el mes de julio próximo y convocada por el doctor Castro, debe reunirse en La Habana una conferencia en la cual participarán los países subdesarrollados, asamblea que otros rotulan con el llamativo título de Conferencia del Hambre y en la cual—aquí radica la novedad del propósito—se espera participen, aparte naciones afroasiáticas, Repúblicas hispanoamericanas. En principio se trataría de una especie de segunda edición de la Conferencia de Bandung de 1955, sólo que ahora en el tercer mundo o mundo indeciso, se pretende incluir a las Repúblicas americanas, que no opten por su abstención. La circunstancia de que el invitante sea un Gobierno revolucionario en período de organización, despoja a la iniciativa de la condición de sugerencia americana, tanto más, cuanto que, probablemente, la mayoría de las naciones iberoamericanas no enviarán delegaciones a la denominada conferencia de los menesterosos, lo cual no quiere significar, en modo alguno, que tal ausencia, no sólo no dificulte las tareas de la proyectada conferencia de La Habana, sino que incluso contribuya a facilitar el contagio de la iniciativa fidelista, referida a otros pueblos de América. Se ha dicho que la sugerida conferencia de La Habana puede, incluso, considerarse en cuanto *test* definitivo, respecto a la posición norteamericana, en lo que atañe al problema de su posible articulación con las otras veinte Repúblicas, apreciación a la cual puede oponerse más de un reparo. Ello no obstante, hay algo de innegable en la versión que antecede y ello, entre otras, por las siguientes consideraciones: 1.^a dígase lo que se quiera, así como la inclinación neutralista, mereció el anatema norteamericano y especialmente la repulsa de Foster Dulles, por el contrario, Rusia ha considerado que allí donde pueda instalarse un injerto de política neutralista, se preparará adecuadamente el terreno para proceder a una labor de infiltración comunista; 2.^a la política norteamericana, en lo que atañe al resto del Nuevo Mundo, se ha venido practicando a lo largo de los últimos setenta años, mediante la realización de conferencias, más o menos periódicas, primero denominadas panamericanas y después rotuladas como interamericanas, todas ellas inspiradas en el principio de que existe una solidaridad de alcance hemisférico, presupuesto que se vería necesariamente afectado, si el neutralismo que Fidel Castro propugna logra contagiarse a otras Repúblicas del Nuevo Mundo y una tal contingencia no puede desdeñarse, considerada desde los medios oficiales de Washington; 3.^a la inclusión, aun cuando fuese

parcial, del Nuevo Mundo en el frente polémico del neutralismo, valdría tanto como el exportar al Hemisferio Occidental, cuanto hay de confusión y complejidad en el neutralismo afroasiático y aun cuando suponemos que Hispanoamérica en modo alguno se decidirá embarcarse en la nave neutralista, lo cual equivaldría a reemplazar más de medio siglo de historia, inspirada más o menos afortunadamente en el principio de solidaridad americana, por la incertidumbre de un neutralismo más sonoro que eficiente y maduro, pero ello no evitaría el riesgo de que el impacto neutralista prendiese en las masas del nuevo mundo, infección que influiría de modo decisivo en el planteamiento de los problemas interamericanos.

¿Cuál puede ser o cuál debe ser la actitud de los Estados Unidos ante esa convocatoria de una conferencia de los países menesterosos, provenientes, por lo menos, de tres partes del mundo? Intentar su torpedeo no equivaldría a otra cosa que a fortalecerla de modo indirecto, habida cuenta de que ello depararía coyuntura a los reunidos para resucitar el *slogan* del imperialismo norteamericano. Optar por una posición expectante, equivaldría a interponer una no prudente interrogante, a lo largo de los meses que habrán de sucederse antes de que inicie sus actividades esa sugerida conferencia estival. Acaso la posición de Norteamérica, en calidad de mero y estático espectador, no resultase tampoco aconsejable, tanto más cuanto que, no sin motivo, en el ánimo de alguna de las naciones americanas, que mostraron su disconformidad respecto de la iniciativa del doctor Castro, ha influido, no sólo su presumible disparidad respecto de la sugerencia cubana, sino y acaso más acentuadamente, la consideración de que acaso los Estados Unidos, sin departirse de su posición inhibitoria respecto de la Conferencia de La Habana, piensen en si no constituiría modo adecuado para enriquecer la atmósfera del sugerido neutralismo, el acentuar su cooperación con aquellas Repúblicas americanas, no inclinadas a departirse de una política internacional, inspirada en el fortalecimiento de la solidaridad hemisférica y consiguientemente opuesta al neutralismo, al cual se pretende asignar una dimensión afro-asiática-americana.

Todo cuanto hemos consignado, acaso se tilde de acertadamente impreciso, pero tal objeción, caso de formularse, no tendría en cuenta hasta qué extremo los problemas hoy planteados en el Nuevo Mundo están afectados por un signo de imprecisión y fluidez, característicos de toda etapa histórica de transformación. Sobre todo debe tenerse en cuenta que si los problemas interamericanos hasta el presente se centraban de modo habitual en el terreno político, en el momento presente es el factor económico el que prepondera, y esa inquietud no debe desdeñarse, si se tiene en cuenta hasta qué punto, a lo largo de los últimos años, se ha extendido y fortalecido a lo largo del mundo el principio, indiscutible, de que la independencia política queda reducida a una pura apariencia si no es portadora del complemento, necesario e irremplazable, de una manumisión económica. Ciertamente que una cosa es propugnarla y otra, más ardua y azarosa, el alcanzarla, pero la inclinación atrae visiblemente a los países subdesarrollados y si se extiende cada vez más su beligerancia, ello parece significar que no estamos situados ante uno de esos múltiples y meteóricos episodios, sino frente a una inclinación, que tiene mucho de biológica. Que los preocupados por ahorrarse torturas mentales crean que no hay más camino adecuado que el de la simplificación de los problemas, concentren su atención en el neutralismo referido al Nuevo Mundo y probablemente deducirán que toda cautela y toda prudencia son necesarias si se quiere enjuiciar aquello que ahora está aconteciendo al sur del Río Grande, síntoma evidente de que el mundo posbélico constituye una inmensa caja de resonancias, por cuyo motivo los problemas se universalizan y alcanzan en sus efectos, en mayor o menor medida, a los cinco mundos.